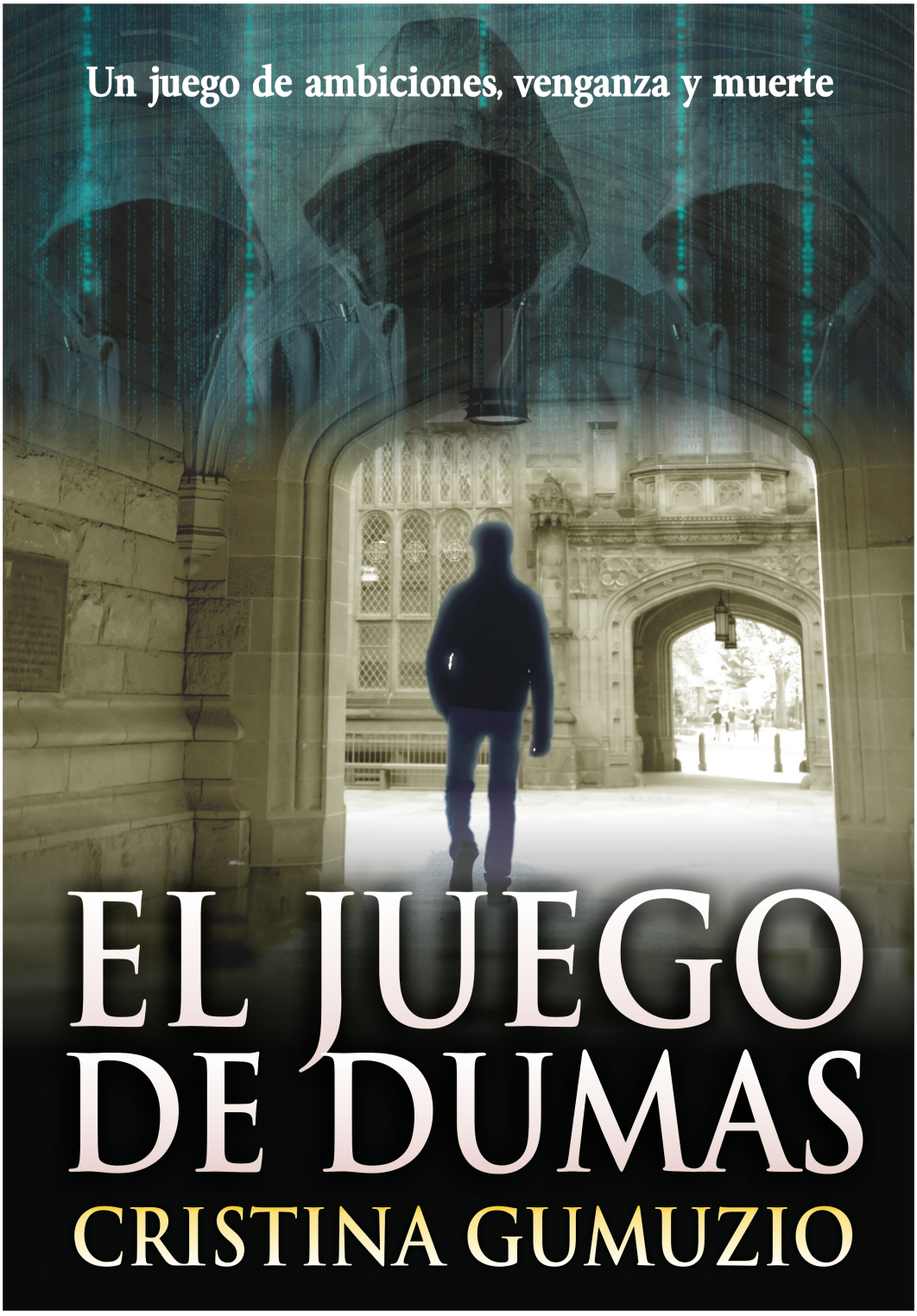
EL JUEGO DE DUMAS (Edición revisada)

Cristina Gumuzio Irala



Capítulo 1

UNIVERSIDAD DE PRINCETON

Septiembre de 2018

Una mañana soleada de septiembre comenzó la vida universitaria de John Collins. Era sábado y el chico quería disponer de un par de días libres, para ambientarse en el campus, antes del inicio del curso. A diferencia de la mayoría de los alumnos de Princeton, que provenían de familias ricas y se trasladaban a la universidad en avión particular, John y sus padres lo hicieron en coche. Salieron de Nueva York por la interestatal 95 y en poco más de una hora llegaron al condado de Mercer, en Nueva Jersey.

Una vez en la entrada del campus universitario, tomaron Alexander street y siguieron al tiger transit, el autobús de la universidad, hasta la residencia donde se iba a alojar John. Durante el trayecto, se cruzaron con varios estudiantes que iban por el carril especial pedaleando en sus bicicletas, y con otros que caminaban por los senderos para peatones. La visión le produjo al chico un nudo desagradable en la boca del estómago: era la primera vez que se iba a separar de su familia. Para recuperar el control emocional, John empezó a fotografiar el entorno con la cámara de su móvil, a la vez que admiraba la belleza del paisaje, con sus espacios verdes y sus edificios, la mayoría de estilo gótico victoriano, unos de piedra y otros de ladrillos rojizos, ubicados entre los senderos y rodeados de frondosos jardines.

Unos metros más adelante, bordearon el estadio de la universidad y se detuvieron unos minutos ante el edificio donde John iba a estudiar Medicina. El chico quería memorizar el recorrido hasta la residencia. Después, pasaron ante una de las bibliotecas, la Fireston Memorial, un majestuoso edifico de estilo gótico y también por delante del recinto Nassau, donde se encontraba la administración central, y por el museo de arte, que era sabido tenía escultura y pintura de artistas importantes: Monet, Goya, Fray Angélico…

Finalmente llegaron a la residencia de estudiantes. El padre de John estacionó el coche cerca de la entrada y entre los tres descargaron el equipaje. John era muy alto, algo desgarbado y caminaba cabizbajo, con el rostro ligeramente enrojecido. Nada más entrar en la recepción, el director salió sonriente a recibirlos. Tras las presentaciones, los invitó a realizar una breve visita del edificio. Pasaron por amplios salones y visitaron el comedor, la biblioteca, las salas de estudio, la sala de

televisión, de juego, la lavandería… Al finalizar el recorrido, los acompañó hasta el dormitorio que tenía asignado John.

Cuando entraron en la habitación se encontraron con un chico que estaba tumbado boca abajo sobre una de las camas. Unos cascos enormes le cubrían la cabeza. El director lo llamó con un tono de voz elevado y el chico, sobresaltado, se quitó los auriculares y se levantó a saludarlos. El compañero de habitación tenía la piel bronceada, llena de pecas, y el pelo de un color rubio mechado le llegaba hasta los hombros. Su cuerpo era de complexión atlética y desbordaba vitalidad. John era la antítesis de su nuevo compañero: muy alto, le faltaban tres centímetros para alcanzar los dos metros, desgarbado y con un cuerpo nada atlético. Su pelo era lacio y muy oscuro, casi negro, y lo llevaba cortado a una longitud normal.

Los dos chicos se saludaron con un fuerte apretón de manos. Desde ese momento iban a ser compañeros de dormitorio. Sólo los residentes que tenían muchísimo dinero, o los que eran muy poderosos, tenían cuarto propio. El resto, debían compartirlo.

—Hola, me llamo Mike —saludó sonriente.

—John Collins —contestó con una tímida sonrisa.

La madre de John los interrumpió diciendo que iba a empezar a deshacer las maletas. Ante esto, Mike se ofreció a acompañar al padre a un salón que estaba al lado de la recepción, para dejarlos organizarse a solas.

La habitación tenía un tamaño considerable y era muy luminosa. Una ventana enorme recorría casi por completo una de las paredes y contra ella se encontraban colocadas las dos mesas de estudio. John abrió una de las hojas del ventanal y asomó la cabeza. La vista era agradable; árboles, hierba, flores y a una distancia considerable otros edificios de piedra o de ladrillo rojo.

Mientras la madre acomodaba como mejor podía las chaquetas y los pantalones en los percheros, y el resto de ropa en los cajones del minúsculo armario que le habían asignado, el chico colocaba los libros en la estantería de al lado de su mesa de estudio y conectaba el ordenador portátil. John comprobó si la señal del wifi era buena, y efectivamente lo era. Iba a tener que trabajar muchas horas con el ordenador.

Una vez que dejaron todo acomodado, bajaron a la recepción. Aunque la luz interior era tenue, la madre se puso las gafas de sol. John evitó mirarla a los ojos. Sabía que ella intentaba disimular las lágrimas y él tenía el corazón encogido.

Tras despedirse del director, acompañó a sus padres hasta el coche. Caminaba con un paso lento y apático. Mientras los despedía con la mano,

recordó la conversación que hacía unos meses había escuchado en su casa:

—Tranquila, es lo mejor para John. Necesita enfrentarse a la vida. No es suficiente con ser un buen estudiante, tiene que aprender a convivir, a compartir.

Cuando el coche desapareció en la distancia, regresó cabizbajo a la recepción. Tenía la boca seca y agradeció que Mike le propusiese ir a tomar algo. La idea de ir solo en busca de una cafetería no le tentaba. Era muy tímido y tenía poco mundo. Único hijo de una familia de clase media neoyorquina, había pasado su infancia y adolescencia en soledad. Sin hermanos con los que compartirla, y con unos padres que pasaban el día trabajando fuera de casa, su principal compañía habían sido los libros. La soledad determinó en gran medida su carácter y lo convirtió en un chico tímido y retraído. Sin embargo, era muy inteligente y tenía un enorme poder de seducción. Por ello, empatizaba bien con sus compañeros de clase, que lo tenían en gran estima y le respetaban a pesar de tener una baja aptitud para el deporte. Fuera de las aulas nunca alternaba con ellos. Le gustaba pasar los fines de semana en casa, disfrutando de la calma y la soledad de su habitación. Sus padres no estaban de acuerdo con esta forma de proceder y le insistían en que debía relacionarse con los chicos, tener amigos, pero él siempre los esquivaba. A John le aburría salir de cafeterías, salas de juego, discotecas... Le parecía una pérdida de tiempo. Además, le molestaba el ruido. Su mente le pedía calma y sólo se aceleraba por alcanzar más conocimiento. Los profesores del centro donde estudió secundaria se mostraron orgullosos de tenerlo en sus aulas. Ganó todos los concursos de matemáticas y de física a los que el centro le presentó. Su capacidad intelectual era tan elevada que la Universidad de Princeton se fijó en su expediente académico y le ofreció una beca para realizar la carrera universitaria. John acogió la noticia con entusiasmo. Era consciente de que sus padres tenían una economía mediana y que no podían permitirse el lujo de costear una universidad privada. Esta oportunidad, sin embargo, le permitiría realizar el sueño de su vida: ir a estudiar a una universidad de las importantes, en concreto a la misma donde John Nash y Albert Einstein, entre otros grandes, habían impartido clases.

Antes de finalizar el último curso de secundaria, los profesores del centro le aconsejaron que se matriculase en alguna carrera de ingeniería o de matemáticas, tenía un cerebro privilegiado para ello, pero John era muy obstinado y tenía claro lo que quería; especializarse en neurología, estudiar a fondo el cerebro humano: tanto la parte física y bioquímica como la parte emocional. Desoyendo sus recomendaciones se matriculó en la facultad de Medicina. Quería especializarse en neurología, estudiar a fondo el cerebro humano: tanto la parte física y bioquímica como la parte

emocional.

Caminó junto a Mike por uno de los senderos hasta llegar a la cafetería. Su compañero había llegado hacía dos días y conocía parte del campus. Varios chicos, apostados al lado de la barra, los saludaron con un gesto. Mike pidió dos latas de coca cola y un plato de patatas fritas. Hasta cumplir los veintiún años estaba prohibido beber alcohol en Estados Unidos y la universidad cumplía la norma a rajatabla.Pidió a John que buscase una mesa. Hasta cumplir los veintiún años estaba prohibido beber alcohol en Estados Unidos y la universidad cumplía la norma a rajatabla.

Una vez acomodados, se pusieron al corriente de sus respectivas vidas. John le reveló que tenía una beca para estudiar medicina.

—¿Becado? ¡Vaya! ¡O sea, que eres un fenómeno! —Mike lo miró atónito—. Me había hecho a la idea de que eras un niño de papá. Nos vamos a llevar bien, en serio.

—Cuéntame algo del campus, parece que estás bien informado.

—Está dividido en fraternidades. Aunque muchos estudiantes prefieren vivir en una residencia, la mayoría lo hace en las casas de las fraternidades. Los novatos tenemos unos meses para decidir si queremos entrar en una de ellas y entonces realizar las pruebas de acceso.

—¿Cómo te has enterado de todo esto en dos días? —preguntó John sorprendido.

—Por mi primo —contestó Mike con cara pícara—, también ha estudiado aquí.

—¿Cómo venís a estudiar desde California? ¿No tenéis buenas universidades allí?

—Sí, claro, pero mi padre y mis tíos estudiaron en Princeton y era innegociable hablar de ir a otra universidad. Oye, tenemos que conseguir que los veteranos ricachones nos inviten a sus fiestas. Son todos de la fraternidad Zeta Psi y me ha dicho mi primo que las organizan a lo grande. Y también tenemos que decidir rápido a qué deportes nos vamos a apuntar. ¿Has recibido la carta de presentación de secretaría donde te detallan todos los clubes?

—Sí —contestó John titubeante—, pero a decir verdad no soy un gran deportista. Lo que realmente me gusta es caminar, así ordeno mis pensamientos y…

—Pero, John, tienes que apuntarte a algún deporte —le cortó Mike contundente—. Si quieres llevar una buena trayectoria en la universidad es

obligado que practiques alguno. Ya sabes que Princeton es una de las ocho universidades de la Ivy League.

—Claro, ya lo pensaré.

Después de pasar un par de horas en la cafetería, fueron a tomar algo al pub. Era sábado por la noche y al día siguiente no tenían que madrugar. Los dos hablaban y hablaban sin parar como si se conociesen de toda la vida o como si el destino los hubiese elegido de antemano para, llegado ese momento, unirlos en una gran amistad.

—Chico —Mike dio un sorbo largo a su bebida—, me alegro de haberme equivocado con la primera impresión que me había hecho de ti. Veo que debajo de ese aspecto tan serio tienes un humor muy inglés. Lo vamos a pasar genial.

John sonrió por lo bajo y le pidió que le contará más cosas de las fraternidades. Le preocupaba tener que decidir el marcharse o no de la residencia.

—… y hay una fraternidad sólo para mujeres y tiene como meta triunfar en la vida sin importar la manera de conseguirlo. Por lo que he oído son bastante agresivas. Otra es para deportistas, otra de artistas, de becados, de frikis, otra que valora por encima de todo la inteligencia…

John miró serio a Mike. Le había caído muy bien y le inquietaba que se fuese a vivir a una hermandad y tuviese que cambiar de compañero de habitación.

—Tranquilo John, sé lo que estás pensando, pero te aseguro que no me interesa entrar en ninguna. Mi primo estuvo en la de deportistas y lo pasó fatal. Una vez que te aceptan, tienes que ir a vivir a su casa y cumplir sus normas.

—Me alegro de que me lo digas —suspiró John aliviado—, además me imagino que será difícil entrar.

—Las pruebas de iniciación son muy duras. La peor es la Delta Kappa Épsilon, somete a los aspirantes a unas pruebas complejas con el fin de medir su inteligencia. Pero bueno, a nosotros sólo nos interesa que nos inviten a las fiestas. ¿Te apetece que demos mañana una vuelta por el campus? Me he enterado dónde podemos alquilar unas bicis.

John prefería caminar, se podía pasar horas y horas andando sin saber en qué hora vivía, pero no quería contradecir a su nuevo amigo, así que aceptó su sugerencia y al día siguiente alquilaron un par de bicicletas.

La mañana del domingo amaneció espléndida. Cogieron las bicis y pedalearon por el carril que recorría todo el campus. El entorno estaba especialmente bonito. El intenso verdor de la hierba, mezclado con las diferentes tonalidades de las flores y de las hojas de los árboles, ofrecía una imagen relajante. Pasaron por delante de las instalaciones de béisbol, fútbol y fútbol americano, voleibol, pistas de atletismo… También visitaron la piscina cubierta, las pistas de tenis e incluso bordearon una parte del campo de golf.

Al mediodía fueron al restaurante Mediterra. Un veterano de la residencia se lo había recomendado durante el desayuno,. Mike se encargó de elegir el menú. Tomaron mejillones a la provenzal, ceviche de atún y un plato de pasta para compartir. El lugar era agradable, la comida y el servicio excelentes, por lo que comentaron que lo repetirían a menudo.

Por la tarde visitaron una de las cuatro casas de ocio que había en el campus. Presentaron la tarjeta de estudiante y jugaron un rato al futbolín, al ping-pong, y también hablaron con varios veteranos. Antes de anochecer regresaron a la residencia. John era muy meticuloso y quería tener todo el material didáctico perfectamente preparado para el día siguiente.

En la soledad de su cama, a John le subió una ligera emoción a la garganta. Aunque era una persona inteligente, con las ideas claras y el pensamiento profundo, estaba inseguro ante lo que encontraría al día siguiente en la facultad. Además, a partir de ese momento, tendría que afrontar las pequeñas tareas cotidianas a las que hasta entonces no había prestado ninguna atención como era ocuparse de su ropa, de sus zapatos, de la limpieza del cuarto de baño y de la habitación. John no entendía nada de detergentes, escobas, ni plancha y era consciente de que había tenido una vida demasiado fácil. Con cuidado de no despertar a Mike, que roncaba pausadamente, practicó unos ejercicios de relajación; inspiración lenta, conciencia de pensamiento y expiración prolongada y así unas cuantas veces hasta que al final se durmió.

Se despertó más animado. Llevaba sólo día y medio en ese lugar y ya empezaba a adaptarse. En el comedor, Mike lo tuvo que volver a ayudar.

—Desde luego tío —dijo Mike riendo a la vez que metía una cápsula de café en la cafetera—, te doy la razón en esto. Eres un completo inútil para organizarte la vida.

John también se rio. Era una virtud que tenía y lo ayudaba a empatizar con la gente. Sabía reírse de sí mismo.

La primera semana en Princeton lo desbordó por completo. Se concentró tanto en las clases, los profesores, las nuevas asignaturas y lo que estaba aprendiendo con la gente, que apenas tuvo tiempo de acordarse de sus

padres y de Nueva York. En su rutina diaria todo transcurría con absoluta normalidad, hasta que llegó una mañana de primeros de octubre, en la que ocurrió algo que marcó desde entonces su vida en la universidad. El incidente tuvo lugar durante la hora de matemáticas. Ese día, el catedrático impartía una clase magistral. John se encontraba en el asiento de siempre y escuchaba la explicación con máxima atención. De pronto, el catedrático interrumpió su discurso y se dirigió a él en un tono beligerante.

—Usted —dijo señalándolo con el puntero—. ¿Cómo se llama? Llevo un rato observándole y veo que no anota nada en su tablet, ni escribe en la libreta. ¿A qué viene a esta clase, a pasar el tiempo?

Los compañeros dirigieron su mirada hacia John y algunos se rieron, incluso susurraron por lo bajo.

—John Collins —contestó titubeante y con el rostro completamente enrojecido. No le gustaba ser el centro de atención.

El catedrático buscó el nombre en el listado de alumnos y realizó una anotación.

—Pues veamos que oculta bajo esa aparente indiferencia —insistió el catedrático—. Haga el favor de acercarse a la pizarra. Tengo interés en saber si debo recomendarle que cambie sus aspiraciones universitarias. A Princeton, no sé si lo sabe, pero se viene a trabajar.

El profesor escribió una ecuación en la pizarra y le entregó la tiza.

—También los animo a ustedes a que la resuelvan —dijo dirigiéndose al resto de los alumnos—. Les servirá para el examen trimestral. Venga, todos a pensar. ¡Señores, expriman sus neuronas!

Un murmulló se elevó en el aula. Los alumnos expresaban en sus comentarios que no sabían ni por dónde empezar. Estaba claro que el catedrático había puesto un problema de una dificultad mayor a lo que se llevaba explicado durante el curso. John leyó con detenimiento el enunciado y, tras emplear unos segundos, empezó a escribir en el tablero. Solo le llevó tres minutos resolver la compleja ecuación.

—¡Impresionante, señor Collins! —dijo el catedrático mostrando asombro—. Le pido disculpas. Pásese luego por la cátedra y, por supuesto, siga con su costumbre, ya veo que tiene poca necesidad de apuntar —dijo en un tono jovial a modo de disculpa y también para rebajar la tensión en el aula.

Los compañeros, sobre todo los que más se habían reído, lo miraron con admiración y a partir de ese día todo Princeton hablaba de John Collins, que no sólo destacaba en matemáticas, sino también en física, química,

biología, anatomía… Según los augurios de profesores y alumnos, con toda seguridad quedaría el primero de la promoción. Esta situación le proporcionó un estatus de respeto entre los compañeros. Además, John era muy generoso y solía ayudarlos cuando necesitaban alguna explicación detallada sobre algún problema.

A Mike le disgustaba esta situación y cada día le repetía que los chicos se aprovechaban de él. Pero a John no le importaba, alegaba que le servía para repasar.

—¡Eres imposible! —exclamó Mike durante una de sus discusiones nocturnas— Por cierto, nunca dices que no a los demás y, sin embargo, todavía no he conseguido que salgas una noche a tomar una copa con mis compañeros de futbol y se mueren de ganas de conocerte. Es el precio de la fama. Así que este viernes, vienes con nosotros. Vamos a ir a un bar que ponen unas hamburguesas riquísimas y pinchan buena música.

A John no le gustaba salir de fiesta e intentó zafarse alegando que tenía mucho que estudiar, pero al final, ante la insistencia de su compañero de habitación, acabó aceptando. Mike era su mejor amigo y no quería molestarlo.

El viernes por la noche, los dos amigos emprendieron el camino hacia el bar. John caminaba serio y callado, se encontraba de un humor de perros. Mike le miraba de reojo y le presionaba para hacerle hablar, pero John se resistía. No podía dejar de pensar en las decenas de ecuaciones que tenía en su ordenador esperando a ser resueltas. Además, la noche era oscura y lluviosa y esto aumentaba su malestar. No dejaba de lamentarse por haber tenido que dejar la habitación de la residencia con lo a gusto que se encontraba sentado junto a la calefacción.

John caminaba enfurruñado, pensando en lo que le esperaba. Imaginó el bar ruidoso, hasta los topes de estudiantes y se vio a sí mismo, en medio de ese follón, obligado a escuchar durante horas conversaciones que estaba seguro de que le iban a aburrir o desesperar.

Nada más entrar en el bar, sintió que varias chicas le clavaban la mirada. Nunca se había planteado nada acerca de su aspecto físico, de hecho, no sabía si era feo o guapo, ni le importaba, pero parecía que ellas si lo hacían. Mike pidió unos refrescos y los llevó a una mesa. Enseguida llegaron los amigos de fútbol y, contra todo pronóstico, a John le cayeron bien. Le pareció que los tres tenían una conversación entretenida: Tom estudiaba antropología, Peter historia del arte y David arte dramático.

En la mesa de al lado había dos chicas que llevaban un rato mirándolos. Las dos tenían una cara bonita y divertida. Mike se acercó a ellas y las invitó a sentarse con ellos. Era muy impulsivo y a veces hacía cosas inesperadas. John no daba crédito a lo que estaba sucediendo y dio un par

de sorbos rápidos a su bebida. Le ardía la cara de vergüenza. Por los altavoces empezó a sonar una canción de Bob Dylan: "Like a Rolling Stone…", mientras la luz bajaba su intensidad.

—Son Annie y Lesley —dijo Mike, presentándolas.

La enorme belleza de Annie causó una gran impresión en John, que no se atrevía a mirarla de frente, pero tampoco dejaba de observarla de reojo. La chica tenía el pelo de color castaño claro y le llegaba casi hasta la cintura. Sus ojos, azules, ligeramente achinados, desbordaban gran viveza. Su sonrisa era tímida y educada. Por la forma que tenía de hablar, y también de callar, John pensó que se trataba de una chica seria y no de una alocada del tipo de las que salían con sus amigos de Nueva York.

—¿Y qué estudiáis? —les preguntó Mike sonriente. Aunque se dirigía a una y otra indistintamente tenía la mirada clavada en Lesley.

Las dos amigas se miraron vergonzosas, riendo y cediéndose el responder. Lesley también tenía el pelo largo, hasta la cintura, y era más rubia que Annie. Al igual que su amiga, llevaba dos aros plateados en las orejas.

— Annie primero de farmacia y yo primero de medicina —contestó con una tímida sonrisa.

Procedían de Washington y eran amigas desde la infancia. Las dos habían estudiado primaria y secundaria en el mismo centro. Además, compartían la misma afición: los caballos. De hecho, en Princeton ya se habían apuntado al equipo de equitación y en las cuadras tenían sus propios caballos que habían trasladado desde Washington.

Mike hizo un gesto al camarero para que tomase nota de la cena.

—¿Y qué tal las novatadas? —Mike siguió indagando ante el silencio de sus compañeros— ¿Os han hecho muchas en la residencia?

—Bien —contestaron Annie y Lesley casi a la vez. Las dos sonreían y se miraban tímidas mientras daban sorbitos con la pajita a su coca cola.

Cuando llegaron las hamburguesas, la tensión en el grupo se rebajó. Todos, sin excepción, habían pedido la especial de la casa que llevaba doble de queso, pepinillos y huevo frito. Además, iban acompañadas con patatas fritas y una ración de ensalada de col. John mordisqueaba su hamburguesa, cabizbajo. No se atrevía a mirar directamente a Annie y sólo lo hacía cuando ella hablaba con alguien del grupo. A ella le sucedía algo parecido y sólo miraba a John cuando él estaba a otra cosa. A diferencia de ellos, Mike y Lesley intimaron desde el primer momento: se pasaron casi toda la noche hablando y riendo e incluso salieron a bailar en

un par de ocasiones. A partir de entonces empezaron a salir juntos. John, por el contrario, tardó tiempo en decidirse a salir con Annie. Cada vez que se encontraban sentía que se le aceleraba el pulso, pero era novato en el amor y le asustaba dar el primer paso. Temía que ella no sintiese lo mismo por él y por mucho que Mike le insistía en que Annie también estaba interesada, John no se decidía.

A principios de febrero, el periódico de Princeton anunció la muy esperada por todos, fecha del baile anual donde se anunciaría a los alumnos la entrada o no a las fraternidades solicitadas. John leyó con detenimiento la noticia. El acontecimiento tendría lugar, como todos los años, en el salón de bailes del recinto Nassau. El comentarista del noticiero explicaba cómo para acceder al baile era indispensable cumplir los requisitos básicos anunciados previamente desde la gerencia de la universidad: era obligado asistir en pareja, disfrazados, y aunque el disfraz no tenía que estar estrictamente conjuntado, sí era recomendable.

John no sabía qué hacer. Por un lado, no tenía ningún interés en asistir al baile, no había solicitado la entrada en ninguna fraternidad y además no disfrutaba con ese tipo de festejos. Por otro lado, sabía que no podía dejar de asistir. Sería una ofensa hacia los profesores y alumnos. Además, su ausencia llamaría la atención de todos y esto era algo que no le gustaba. Al final, y después de darle muchas vueltas, se decidió a invitar a Annie. Eligieron un disfraz discreto; de pareja de baile de los años veinte. John se puso un smoking negro y Annie un traje largo, también negro, de fiesta.

Nada más llegar al recinto Nassau pasaron por un photocall, donde inmortalizaron su llegada al evento. A los lados del salón de baile había mesitas perfectamente vestidas y repletas de bandejas con canapés y diferentes tipos de comida. Al fondo, una mesa alargada hacía las veces de barra de bar y varios camareros, debidamente uniformados, servían las bebidas. El centro lo ocupaba una enorme coctelera de bronce en la que se servía el ponche y, en los extremos, los camareros servían bebidas sin alcohol.

Un rato antes de anunciarse los resultados, sobre la entrada o no de los aspirantes a las fraternidades, un jurado eligió a la pareja ganadora del baile. Después se realizaron varios juegos de entretenimiento entre los asistentes y al final llegó el muy ansiado y también temido momento para la mayoría de los estudiantes. Annie y Lesley se mostraban muy nerviosas. Las dos habían solicitado la entrada en la hermandad Kappa Alpha Theta [Theta] y cuando dieron los resultados, y citaron sus nombres en el grupo de las admitidas, saltaron alborozadas. Tras la entrega de las credenciales, comenzó el baile. Mike cogió a Annie del brazo y empujó a John a sacar a bailar a Lesley. Una suave música endulzaba el ambiente. Lesley miró a John con una mirada risueña mientras él se disculpaba por no saber bailar. De pronto, Bernie y sus cuatro amigos se acercaron a la pista de baile. Los cinco estudiaban informática y John solía coincidir con

ellos en las aulas de estudio. Solía mantener con ellos intensos debates intelectuales. Todos, y sobre todo Bernie, eran al igual que John muy buenos en matemáticas. Mike, Annie y Lesley también los conocían, frecuentaban los mismos pubs los fines de semana.

John observó que Bernie tenía la vista clavada en Annie y seguía todos sus movimientos con atención. Sabía que esto molestaba a la chica, quien solía quejarse por la forma que tenía el informático de mirarla, y no soportaba su actitud ni el interés desmedido que mostraba por ella. Esto provocaba en John celos y lo hacía ponerse a la defensiva. Bernie intentaba colarse en un terreno que consideraba de su propiedad. Tenía que decidirse a hablar con Annie, proponerle una relación seria. Esto le volvía una y otra vez a la cabeza mientras intentaba seguir los compases de la música.

De pronto, Mike se le acercó y gritó:

—¡Cambio de parejas!

John y Annie se vieron envueltos en un abrazo inesperado. Ella, sonrojada, mirando al suelo y él, igual. Entre los suaves acordes de la melodía se fueron entremezclando sus emociones. De repente, John tropezó con el vestido de Annie y por poco la hace caer al suelo, pero ella era muy ágil y de la misma se enderezó y recuperó la postura. En vez de molestarse, se empezó a reír.

Capítulo 2

CINCO AÑOS DESPUÉS

Viernes 1 de septiembre de 2023

John se había graduado en medicina dos meses atrás y, tal y como habían pronosticado los profesores, ostentaba el primer puesto de la promoción. La noticia enseguida llegó a uno de los principales hospitales de Nueva York, donde le ofrecieron una plaza para cursar la especialidad de neurología. Agradeció el ofrecimiento, pero rechazó por el momento la importante oportunidad que le ofrecían. Tenía dos razones de peso para ello: por un lado, quería empezar a ejercer la profesión en el hospital universitario de Princeton y, por otro, no quería dejar sola a Annie, que había decidido quedarse en la universidad a realizar el doctorado.

A mediados de agosto, Annie y John se casaron en Washington. Habían decidido celebrar la boda antes de comenzar cada uno con sus respectivos trabajos. Tanto la ceremonia como el banquete se realizaron en el majestuoso jardín que rodeaba la casa familiar de Annie. Entre las amistades que acudieron al evento se encontraban sus amigos más íntimos: Lesley y Mike, quienes en unos días se trasladaban a vivir a Nueva York. Lesley había conseguido una plaza de obstetricia en un importante hospital de la ciudad y Mike en una empresa de biotecnología. Las dos parejas se mostraban apenadas por la separación, y sobre todo las chicas, que se conocían desde pequeñas y llevaban años montando juntas a caballo.

Una vez terminado el viaje de novios, John regresó por unos días a Nueva York. El importante hospital neoyorquino que le había ofrecido, dos meses atrás, una plaza en el departamento de neurología mostraba interés para que participase, desde el propio hospital universitario de Princeton, en un trabajo de investigación. John accedió a acudir a las entrevistas para valorar si podía colaborar en el proyecto desde la universidad.

Annie, por su lado, se trasladó a Nueva Jersey. Necesitaban encontrar una vivienda con urgencia. Después de visitar varias agencias inmobiliarias, llamó a John para decirle que había encontrado la casa de sus sueños: se trataba de una pequeña casa individual, situada en una tranquila zona residencial, a las afueras de Princeton. La urbanización estaba formada por tres calles de casas similares, separadas las unas de las otras por pequeños jardines que las rodeaban por los cuatro costados. John y Annie eran grandes amantes de la naturaleza y desde siempre habían planeado tener un jardín propio, aunque éste fuese pequeño. Una vez formalizado el contrato de alquiler, dedicó unos días a comprar el mobiliario. Sus

padres le habían regalado por la boda una importante suma de dinero e iba a emplear parte de la misma en acondicionar la nueva vivienda.

El viernes, uno de septiembre, llegó John.

La casa se encontraba al final de una de las tres calles, cerca del bosque. Todos los edificios eran similares, tenían el tejado de pizarra negro y las fachadas de ladrillo rojo.

El viernes, uno de septiembre, llegó John.

La ventana de la cocina estaba abierta, lo que permitió a Annie escuchar el ruido del motor del coche al llegar. Dejó la brocha de pintura en el suelo y salió corriendo a recibir a su marido. Iba vestida con una camiseta de rayas, blancas y azul marino, un peto vaquero, y un pañuelo de flores de liberty que le cubría casi toda la cabeza. Parte de su cara y de sus brazos estaban manchados de pintura.

—¡Te he echado tanto de menos! —dijo John acariciándole la cabeza.

—¡Y yo a ti! Se me ha hecho eterna la semana. Parecía que nunca iba a llegar el viernes. Ven, ven, quiero enseñártelo todo. Espero que te guste la casa.

El suelo estaba cubierto con cartones y hojas de periódico, para evitar que la pintura lo ensuciase, y toda la casa olía a una mezcla de pintura y aguarrás. Annie llevaba toda la semana pintando y sólo le faltaba acabar de pintar el techo de la sala del sótano.

—Estoy impresionado, eres increíble. No sé cómo has podido hacer sola todo esto.

—Y también he comprado varios muebles —dijo señalando unos bultos que permanecían embalados aun lado del salón.

Agarrados de la mano, recorrieron la casa. Ambos se mostraban excitados ante la situación de comenzar una vida juntos. Hablaban y reían, mientras decidían qué iban a poner en cada sitio.

En la planta principal se encontraba el salón. Tenía una pequeña chimenea encastrada en una de las paredes. Una puerta corredera lo comunicaba con el porche y en el otro extremo se encontraba la cocina. John sonrió al comprobar que todos los electrodomésticos estaban debidamente instalados. Le gustó la mesa de la cocina. Era cuadrada y de buen tamaño. El color claro de la madera proporcionaba una agradable sensación de calidez a la cocina.

Una vez en la planta de arriba, recorrieron los tres dormitorios y los dos cuartos de baño. Uno de los cuartos hacía, por el momento, las veces de trastero y tenía el suelo ocupado de maletas, cajas, libros…, todo lo que requería un lugar donde ser ubicado.

—¿ Qué hay en esas cajas? —preguntó John, mirando con curiosidad tres cajones enormes que había al lado de la ventana del dormitorio.

Annie sonrió y puso cara de buena.

—Son los armarios que tienes que montar. Espero que tengan tamaño suficiente y nos quepa toda la ropa.

John abrió una de las cajas y estudió con interés su contenido: tablones de melamina, enganches, baldas… Le gustaba el bricolaje y cualquier otro trabajo que requiriese concentración y detalle.

—Déjalo para luego, ahora quiero enseñarte la sala del sótano y el jardín. —dijo Aniie agarrándolo de la mano—. Por cierto, mañana tendremos que ir a comprar plantas y abono. No me ha dado tiempo. Necesitamos arbustos que nos den un poco de intimidad con las casas de al lado.

Por último, bajaron al sótano. A John le entusiasmó la sala de estar. Tenía el tamaño perfecto para lo que necesitaba: un espacio donde trabajar en silencio, leer o escuchar música en soledad. Agradeció que la habitación tuviese algo de luz natural. A lo largo de la parte superior de una de las paredes había una ventana de cristal de pavés, rectangular y estrecha. Enseguida decidió dónde situar las mesas de trabajo con los ordenadores, la estantería, las dos butacas orejeras que les habían regalado los amigos y donde pensaba leer y escuchar música plácidamente.

Annie cargó la brocha con pintura y siguió pintando el techo. Quería acabarlo para el mediodía. Animó a John a que empezase a montar el armario. Estaba impaciente por deshacer las maletas.

—Me cambio de ropa y me pongo a ello. Voy a montarlo hoy mismo y así mañana me dedico a esta sala.

—Corre, corre —Annie lo amenazó con lanzarle pintura con la brocha.

John se puso un vaquero viejo y una camiseta de propaganda y se calzó unas zapatillas de deporte viejas. Después abrió la caja de herramientas y seleccionó el utillaje. Le faltaban varias cosas; brocas de diferentes tamaños, cinta aislante… Disgustado bajó al sótano.

—Annie, lo siento, pero tengo que ir a Trenton a comprar herramientas. Me faltan un montón de útiles. Seguro que mi padre ha andado en la caja y se ha olvidado reponerla. ¿Quieres que traiga algo de comida? Mi madre

nos ha preparado un pastel de carne, pero no sé si tenemos pan, cerveza o…

—No hace falta nada. Ayer hice una compra importante y tenemos más o menos de todo. Lo único, si puedes, coge algo de postre para esta noche. Hace una temperatura agradable y podríamos estrenar el porche. Y date prisa en volver. Sólo tenemos dos días para instalarnos, el lunes empezamos a trabajar. ¿Crees que nos dará tiempo?

hice una compra importante y tenemos más o menos de todo. Lo único, si puedes, coge algo de postre para esta noche. Hace una temperatura agradable y podríamos estrenar el porche. Bueno, date prisa en volver. Solo tenemos dos días para instalarnos, el lunes empezamos a trabajar. ¿Crees que nos dará tiempo?

—Tranquila, seguro que sí. Venga, no pongas esa cara.

Este percance iba a suponer un retraso en el montaje del armario e iba a alterar los planes, pero hizo un esfuerzo por quitarle importancia y trató de sonreír.

Una vez en el centro comercial, John se dirigió a una tienda donde vendían todo tipo de artículos de bricolaje. Cargó en el carro lo que le faltaba: tornillos, cola de pegado rápido, diferentes tamaños de brocas... Aunque era de temperamento pausado, en ese momento se movía rápido. Quería volver cuanto antes a casa. Sabía que Annie estaba disgustada. Una de las cajas estaba libre y empujó el carro. Enseguida se formó una cola detrás de él. Cuando estaba tecleando el número secreto de su tarjeta de crédito en el terminal sintió unos golpecitos en la espalda. Sorprendido, se dio la vuelta. No conocía a nadie en Trenton. De entre las personas que formaban la cola un brazo se alargó a su encuentro a la vez que una cara sonriente le gritaba:

—¡John! ¡Pero cuanto tiempo sin verte! Espero que te acuerdes de mí.

—¡Bernie! —exclamó John atónito— ¡Claro que me acuerdo! ¡Cuántos años sin vernos!

Bernie dejó el carro a un lado y le dijo a la cajera que ya pasaría más tarde a recogerlo. Se mostraba tan entusiasmado por el encuentro con su amigo que no escuchaba a la cajera decirle que eso no estaba permitido y que alguien del personal retiraría el producto del carro y tendría que volver a hacer la compra.

—No se preocupe, por Dios —respondió en un tono molesto—. Hace años que no veo a mi amigo.

Bernie agarró del brazo a John y le propuso ir a tomar algo a una cafetería. El médico sabía que no podía rechazar la invitación y trató de disimular el fastidio que le producía el encuentro y, sobre todo, el desespero de pensar en el tiempo que le iba a demorar su regreso a casa y lo que esto iba a enfadar a Annie. Ya no podría montar el armario en el tiempo previsto. Pero ¿qué podía hacer? Intentando trivializar la situación, empujó el carro y siguió a Bernie, que hablaba sin parar. La verdad era que no lo recordaba tan hablador. Todo lo contrario. Siempre le pareció raro y encerrado en sí mismo.

Bernie eligió una mesa alejada de la barra y tocó el pulsador para llamar a la camarera. Mientras les servían las bebidas, John llamó a Annie para decirle que se iba a retrasar.

—Me acabo de encontrar con Bernie en el centro comercial. ¿Te acuerdas de él? Sí, de Princeton. Sí, sí, le daré un abrazo de tu parte. Mira, estamos tomando algo en una cafetería. Sí, ya he comprado todo. En cuanto llegue te prometo que empiezo con el armario. ¿Tiza? No estaba apuntado en la lista. Si quieres vuelvo a la tienda, pero entonces me voy a retrasar más. Vale. De acuerdo. Un beso. En un rato nos vemos.

—Y bueno —dijo Bernie con una mirada curiosa, mientras estudiaba con detenimiento a su amigo—, ¿qué ha sido de vuestras vidas?

John conocía bien las emociones humanas y entendía sin problema la comunicación no verbal de su amigo. Por su parte, controlaba a la perfección sus propias emociones, por lo que le proporcionó escasa o nula información sobre lo que realmente sentía o pensaba. Aparentando familiaridad y confianza, le contestó que Annie se acababa de graduar en Farmacia y el lunes comenzaba el doctorado en la facultad.

—¿Y te vas a quedar en Princeton también? Pensaba que picabas más alto.

—La mayoría de la gente opina como tú y, de hecho, tengo una plaza esperándome en un importante hospital de Nueva York, pero prefiero empezar la profesión en el hospital universitario. Más adelante, ya veré. Además, así estoy cerca de Annie. Realmente, no tengo prisa por llegar a ninguna parte, ni aspiro a ningún puesto relevante. Simplemente, deseo sentir de cerca la medicina. Alcanzar el máximo de conocimiento.

Bernie lo escuchaba con atención, parecía que pretendía memorizar cada una de sus palabras.

—Me alegro mucho por los dos —dijo al fin—, y porque os vaya tan bien y sigáis juntos. Siempre pensé que hacíais una pareja ideal y, créeme, te envidiaba mucho por ello. Annie era especial para mí. Tan dulce y tan buena gente, y con esos fascinantes ojos azules. Pero bueno, la vida es

así. Tuviste suerte y te eligió a ti. Siempre supe que no era su tipo. Por cierto, ¿qué sabes de Mike y de Lesley? ¿Siguen también juntos?

—Sí —contestó John aliviado de cambiar de tema. No le gustaba que Bernie se interesase por Annie—, se acaban de ir a vivir a Nueva York.

—¿A Nueva York? ¿Y qué hacen allí? Si no recuerdo mal, Mike era de California y Lesley no sé, pero de Nueva York seguro que no.

—¡Buena memoria! Mike efectivamente es de California. Trabaja en un laboratorio de biotecnología en Nueva York y Lesley ha conseguido una plaza de obstetricia en un importante hospital de la ciudad. ¿Y tú, Bernie, qué ha sido de tu vida? Quiero que sepas que cuando te fuiste de Princeton, los cuatro lo sentimos mucho.

Bernie lo miró detenidamente Sus ojos, oscuros, estaban húmedos, expresaban dolor y también algo indefinido que John en ese momento no supo entender. Después de tomarse un tiempo, contestó:

—Gracias, John, por tu solidaridad. Reconozco que es un tema del que no me gusta hablar, ni tampoco recordar. Intento vivir como si no hubiese pasado.

—Lo siento, Bernie, no era mi intención molestarte —John respondió azorado.

—No, no. Contigo no me importa hablarlo. Te tengo un gran aprecio y confianza. Pues veras, cuando nos invitaron a mi grupo y a mí a abandonar el campus, nos tuvimos que buscar la vida en otro sitio y reconozco que nos ha ido muy bien. Antes de nada, quiero decirte que todo lo que dijeron de nosotros era falso y que…

—¡Por Dios, Bernie! ¡No tienes ni que decirlo! ¡Está claro que fue un error o un bulo o…!

—John, créeme, fue un montaje. Alguien quiso arruinarnos la vida. Todavía no sé con qué intención, aunque espero descubrirlo algún día. Pero bueno, por suerte, todos hemos salido adelante. Esto es lo importante.

—¡Y tanto, Bernie! ¡Cuánto me alegro! —exclamó John mostrando alivio. El informático siempre le había generado respeto, quizá por su mirada penetrante, su agresividad controlada, su inteligencia desafiante…

Mientras todo esto sucedía en el centro comercial, Annie se desesperaba en la casa. Llevaba horas intentando hablar con John, pero continuamente saltaba el contestador de su teléfono móvil. Calentó un trozo del pastel de carne en el microondas y llamó a su suegra, para darle las gracias. Era una mujer atenta y cariñosa y siempre estaba dispuesta a ayudarlos en lo

que fuese.

—Es que se ha encontrado en el centro comercial con un antiguo compañero de la universidad y todavía no ha llegado. Una faena con todo lo que nos queda por hacer en la casa. Le digo que te llame por la noche.

Hasta pasada la media tarde, John y Bernie estuvieron en la cafetería. John se mostraba impaciente por marcharse y no paraba de atusarse el incipiente bigote que se estaba dejando crecer. Pero no se atrevía a interrumpir la reunión. Había sido tan grave lo ocurrido cuando expulsaron a Bernie y su grupo de la universidad, que se sentía moralmente obligado a escucharle.

Al fin, Bernie miró el reloj y llamó a la camarera. Mientras abonaba la factura, no permitió bajo ningún concepto que John participase del pago, le dijo en un tono sincero:

—Me ha emocionado mucho este reencuentro y me gustaría volver a veros a los cuatro y recordar los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de las horas que pasábamos charlando en la cafetería? Me gustaría invitaros a conocer mi casa en Cape May y enseñaros nuestro trabajo. No sé si te lo he dicho, pero todo el grupo sigue junto y trabajamos allí. Estoy muy orgulloso de lo que hemos conseguido. ¿Qué fin de semana os vendría bien venir?

La invitación pilló a John totalmente desprevenido. Había dado por hecho que pasarían años hasta que volvieran a coincidir, si es que volvía a suceder y, aunque Bernie estaba siendo entrañable, algo en él le generaba desconfianza.

—Pues no sé, Bernie. Tengo que hablarlo con Annie. Ya sabes que nos estamos instalando y…

—No te preocupes —le cortó tajante—. Te llamo en quince días y concretamos la fecha. Además, no tenéis que preocuparos por ir a un hotel. En casa tengo habitaciones de sobra. Pásame el teléfono de Mike. Esta misma noche le llamo.

John dudó unos segundos. No sabía qué le iba a parecer a Mike que le diese a Bernie su número personal. No se le ocurrió ninguna disculpa creíble, buscó el nombre en la lista de contactos y se lo pasó por WhatsApp. Después se despidieron.

John cogió el carro de la compra y se dirigió al parking. El encuentro con Bernie le había dejado un mal sabor de boca. Le sorprendió su comportamiento: tan desenvuelto, mandón y controlador. No parecía el mismo de años atrás. Decidió que esa misma noche pensaría con Annie la forma de deshacerse de la invitación, aunque supuso que les iba a resultar

difícil encontrar una disculpa aceptable.

Hacia las seis de la tarde llegó a casa. Al lado de la puerta de la entrada encontró dos sacos enormes, llenos a rebosar de cartones y papeles, lo que le hizo suponer que Annie había acabado de pintar. Se sentía incómodo por llegar tan tarde, no era nada habitual en él ser impuntual. Le preocupaba encontrar a su mujer enfadada. Era una chica dulce y sonriente, además de apacible, sin embargo, no llevaba nada bien que las cosas se le torciesen.

Un agradable olor a limón lo recibió nada más entrar en la vivienda, el suelo todavía mostraba restos de humedad. Escuchó el ruido del agua al caer contra el suelo de la ducha y subió a saludarla.

—Lo siento mucho —dijo entrando en el cuarto de baño—, ahora te explico lo que ha pasado. Te espero en la cocina. Voy a hacer té.

Pasados unos minutos, Annie entró en la cocina. Llevaba una toalla anudada a la cabeza y el ceño fruncido. Su mirada mostraba sin lugar a duda lo molesta que se encontraba.

—Annie, créeme, he intentado marcharme y me ha resultado imposible. Cuando parecía que acabábamos y nos despedíamos, Bernie sacaba un nuevo tema de conversación. Además, sabes que nunca me sentí cómodo con él.

—Ya sé que no has tenido la culpa, pero estoy rabiosa. Nos ha hecho perder nuestro primer día juntos. Ya no tienes tiempo para montar hoy el armario —Annie sonrió tratando de recuperar el buen humor—. A mí tampoco me gusta nada Bernie y no voy a permitir que nos arruine la tarde. Por cierto, el pastel de carne de tu madre estaba buenísimo. ¿Te caliento un trozo?

—No, gracias. No te imaginas lo que hemos comido. Este hombre es terrible, no lo recordaba para nada así. Antes era apocado, retraído, pero tendrías que verle ahora. Con una seguridad en sí mismo aplastante. Y ha empezado a pedir y a pedir y no había forma de detenerle. Por lo que aparenta, da la impresión de que maneja mucho dinero.

—…y ha empezado a pedir y a pedir y no había forma de detenerle. Por lo que aparenta, da la impresión de que maneja mucho dinero.

—Bueno, olvidémonos de él. ¿Bajamos a la sala de estar? Me gustaría montar las mesas y conectar los ordenadores. Llevo días aislada del mundo. Mis amigas de Facebook pensarán que me he muerto.

John era de temperamento tranquilo y movimiento pausado, pero se sentía tan fastidiado por haber perdido el día de trabajo, que sacó una

vitalidad inusual. En un estado de máxima concentración, colocó los focos del techo de la sala del sótano, instaló el router y conectó los dos ordenadores.

El día siguiente, lo dedicaron a montar el armario y a acomodar la casa, y el domingo, al jardín. Por la tarde, decidieron darse un homenaje. La temperatura exterior era elevada e invitaba a cenar en el porche. Annie tenía ilusión por estrenar la barbacoa. En unos minutos, un rico olor a brasa envolvió el ambiente. Todavía tenían que esperar un rato a que se hiciese la lumbre antes de colocar la carne sobre la parrilla. John descorchó una botella de vino. Había que esperar un rato a que se hiciesen las brasas antes de colocar la carne sobre la parrilla. Estaban saboreando la copa de vino cuando los vecinos de la casa de al lado llegaron en el coche. En la distancia vieron que eran mayores que ellos y tenían dos hijos pequeños. El vecino aparcó en la entrada y se acercó a saludarlos.

—Hola, me llamo George y mi mujer, Abie. Chicos, acercaos a saludar —gritó a los niños—. Acabamos de llegar de vacaciones.

John y Annie también se presentaron. El vecino era muy charlatán y hablaba y hablaba sin parar. Parecía que en unos minutos quería contarlo todo y también enterarse de todo.

—Bueno, os dejamos —dijo después de un rato—, que se os va a quemar la carne. ¡Disfrutad de la cena!! ¡Huele fenomenal!

John no era nada impulsivo, ni sociable, pero vio a los vecinos cansados, llenos de maletas, e imagino que no tendrían nada para cenar.

—Cenad con nosotros. Tenemos carne de sobra.

—Gracias, John, metemos las maletas en casa y pasamos ¡Vamos a ser buenos vecinos!

Una vez sentados alrededor de la mesa del porche, George tomó las riendas de la conversación. Era expansivo y no mostraba reparo en decir lo que pensaba. Advirtió que sus nuevos vecinos habían plantado arbustos a lo largo del linde con su casa y lo abordó sin reparo.

—Ya veo que queréis intimidad —dijo riendo—, pero tenéis que enterrar más las raíces de esos arbustos, porque si no se echarán a perder. Si queréis, mañana cuando vuelva del trabajo os los replanto. Una de mis grandes aficiones es la jardinería.

—Muchas gracias, George —dijo John sonrojado—, nos encantan las plantas, pero la verdad es que la jardinería no es lo nuestro. No obstante,

no quiero ocasionarte ninguna molestia.

—¡Quita! ¡Quita! Otro día igual me tienes que ayudar tú. Para eso estamos los vecinos. Abie, diles lo mucho que me gusta enredar.

—George es un culo inquieto y le encanta hacer cientos de cosas a la vez. —respondió ella, rápida—. Pero estad tranquilos. Tiene buena mano para las plantas.

John miró con amor a Annie. Su mirada transmitía lo contento que estaba de empezar una vida juntos. Pensó que tenía todo lo que quería: una mujer estupenda, una casa ideal, una expectativa de trabajo interesante, unos vecinos encantadores, una comida excelente y, además, la noche iba acompañada de un suave y frío vino blanco.